

E

l tercer ojo

Por qué hay olvidos y por qué rescates? Intentar responder a estas preguntas supone adentrarse en especulaciones sociológicas, psicológicas; también históricas.

Lo cierto es que en el caso de Lola Alvarez Bravo, de quien se puede decir sin titubeos que es la primera Fotógrafa —con mayúscula— mexicana, hubo un olvido, un —según Carlos Monsiváis— trato paternalista que da palmaditas en el hombro, que califica de “interesante” la labor y que propicia exposiciones ocasionales con un entusiasmo amnésico. Un “olvido cultural” que Monsiváis explica como determinado en la artista por (y aquí altero el orden propuesto por él) su condición femenina, su carencia de arrogancia, su rechazo a la retórica nacionalista, el ínfimo status concedido a la fotografía, más otras razones que nos llevan a lo que verdaderamente importa: que Lola Alvarez Bravo (excepcional fotógrafa, mujer libre y valerosa) después de una labor fotográfica iniciada en 1934 y sostenida desde entonces a lo largo ya de cinco décadas*, que le valiera ocupar un lugar entre los pioneros que fotografiaron el país “con una de las miradas más bellas, inteligentes y honestas de nuestra cultura” —co-

mo señala José Joaquín Blanco—, y un lugar no sólo en la fotografía sino en la cultura en México, Lola Alvarez Bravo es inexplicablemente —aunque ya vemos que sí tiene explicación— relegada y, años después, gozosamente rehabilitada por los jóvenes “que habrán de reconocerla como una de ellos”.

Es así que en 1979 un grupo de jóvenes organiza una “módica” exposición en la Alianza Francesa de Polanco que tiene el interés, pese al reducido número de fotos en ella expuesto —una brevísima retrospectiva que no se atrevió a calificarse como tal—, de mostrar a nuevas generaciones las razones por las cuales ese pequeño grupo organizador la considera una de los suyos.

Iniciativa que ahora desemboca en un precioso libro-homenaje *Lola Alvarez Bravo. Recuento fotográfico*, publicado por la Editorial Penélope. En él, Manuel Fernández Perera, Luis Zapata y José Joaquín Blanco recogen el testimonio de Lola Alvarez Bravo: sabroso, inteligente, lúcido y sencillo que habla del placer interno de la fotografía que experimenta quien ha registrado una crónica de su país, de su tiempo, de su gente; de una vida a la que ha nacido tres veces, según sus propias palabras: “Tres veces ha cambiado mi vida

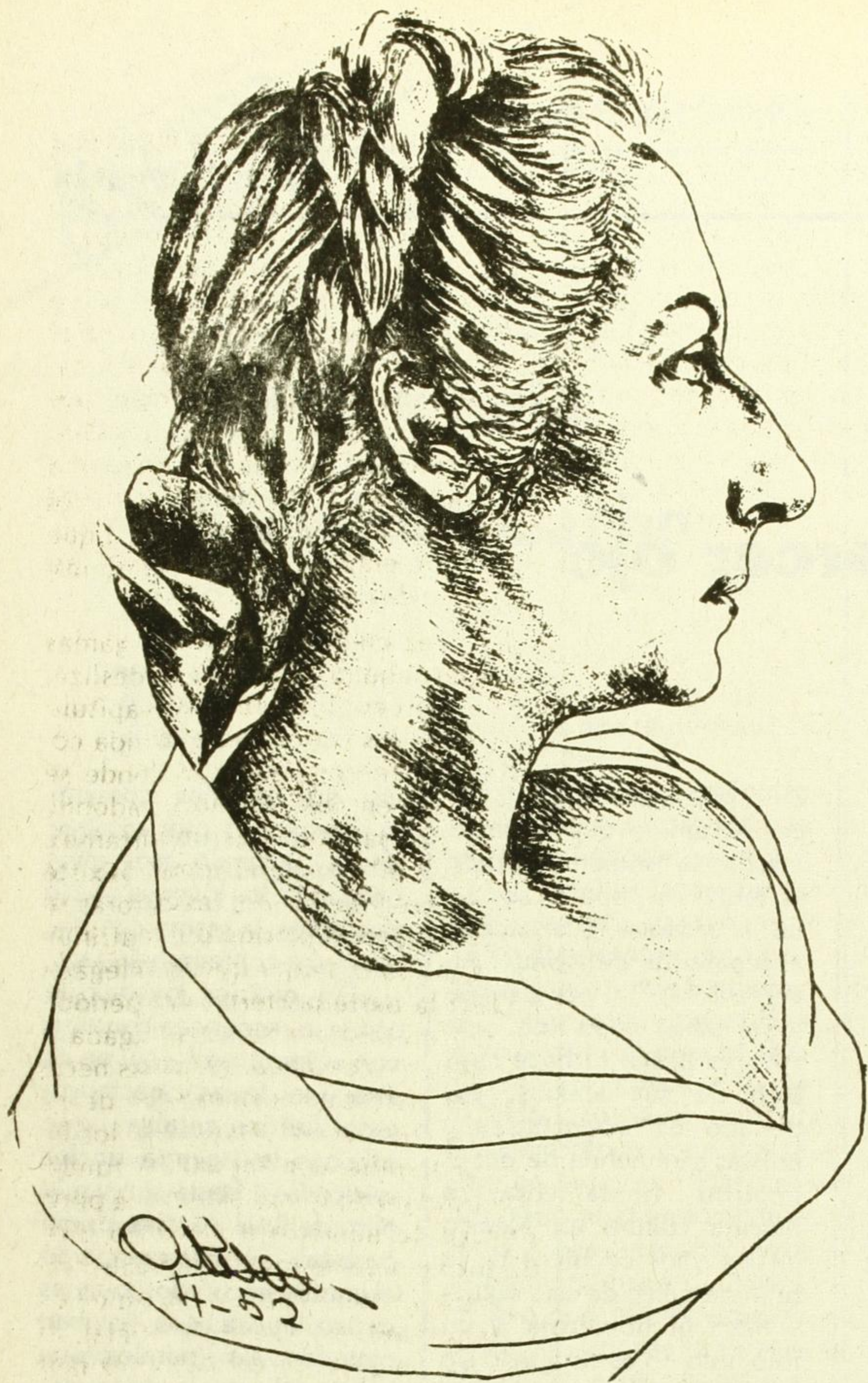
de manera radical y tres veces he tenido que reestructurarla: la primera, cuando se murió mi papá; la segunda, al casarme, y la tercera, al separarme de Manuel Alvarez Bravo”; y por supuesto, al hablar de su vida, Lola Alvarez Bravo lo hace también de sus amigos, ese puñado de intelectuales y artistas que habría de dar el impulso fundamental a nuestra cultura en México en los años decisivos de la primera mitad de este siglo.

Pero el homenaje a un fotógrafo no es completo sin la inclusión de una muestra de su obra que, en el caso de este libro, reproduce ciento dieciocho fotos —“instantáneas cargadas de tiempo amontonado”, que dice Luis Cardoza y Aragón— tomadas por Lola Alvarez Bravo a lo largo de su vida profesional— no hay que olvidarlo: suma ya cincuenta años de dedicación—, de su obra personal, al margen de la tarea documental, más seis fotos de la propia Lola y de óleos, dibujo y caricatura suyos que otros artistas le han hecho. Una selección de testimonios e imágenes completa el homenaje: Luis Cardoza y Aragón, Alejandro Gómez Arias, Andrés Henestrosa, Antonio Peláez, Carlos Monsiváis, José Joaquín Blanco y Manuel Fernández Perera establecen el puente entre lo que escribieron de

ella sus jóvenes contemporáneos y lo que escriben ahora, salvando esos años olvidados, los jóvenes que la descubren y reconocen como a una contemporánea.

¿Por qué los jóvenes de ahora la reconocen como su contemporánea? —¿y no es ésta una de las características fundamentales que explican la vigencia de los clásicos?—. Basta con ver la obra de Lola Alvarez Bravo para saberlo. Ella compartió el entusiasmo de los jóvenes de su época que estaban pintando los murales que habrían de ganar el reconocimiento a nuestra Escuela Mexicana de Pintura (con Rivera, Orozco y Siqueiros a la cabeza), y también el de los pintores de caballete que reivindicaron esa obra desprestigiada por los propios muralistas a la que calificaron como burguesa: Carlos Mérida, Manuel Rodríguez Lozano, Agustín Lazo, el Corzo Ruíz, Ricardo Martínez, Juan Soriano, Frida Kahlo, Julio Castellanos, María Izquierdo, Olga Costa, entre otros y, por supuesto, Rufino Tamayo, tardío muralista y enorme pintor.

También compartió el entusiasmo de los intelectuales que a golpe de palabras estaban construyendo una identidad mexicana y moderna: Los Contemporáneos desde luego, y el teatro Ulises, y otros escritores ma-



ella, en sus retratos, su verdadera esencia; logró “rescatar y detener lo último que va quedando de una época, de una ciudad, de un conjunto de personas que está cambiando (...) de un México que se me escapa o que ya se escapó”, rescatando y deteniendo con fina ironía muchas veces y, siempre, con honesto compromiso; consiguió transmitir la emoción, el arrebató que le despertaba el objeto afocado por la lente: lo mismo cualquier manifestación del arte popular —que a su vez la influyó por sus colores, su inspiración y su sinceridad— donde el pueblo interviene como persona y muestra su expresión escondida, que el dolor, la miseria y el sufrimiento de ese pueblo al que Lola Alvarez Bravo se acercó con mucho respeto, hasta con vergüenza, “para no convertirlos en un aprovechamiento del dolor ajeno...”

Es por todo esto que los jóvenes reconocen a Lola

Alvarez Bravo como su contemporánea, y José Joaquín Blanco puede decir de ella que “nos ofrece precisamente el tipo de arte que andamos buscando”. Y también, porque lo que ahora preocupa a Lola Alvarez Bravo, joven entre los jóvenes, es pensar cómo va a seguir adelante, qué va a seguir haciendo “si mañana va a hacer buen día para que pueda salir con mi camarita a tomar mis fotos, esas que me andan dando vueltas en la cabeza porque todavía no se me presenta la ocasión o aquellas que de repente, digo yo, me regala la vida”

* La Enciclopedia de México publicada en 1966 señala que, como resultado de su labor, Lola Alvarez Bravo ha reunido una colección de más de 6 mil negativos, ha participado en numerosas exposiciones nacionales y extranjeras, entre ellas la conocida con el nombre de *La familia del hombre*, que ha recorrido todo el mundo. Y, por último, que algunas de sus obras están en el Museo de Arte Moderno de Nueva York.

yores y menores de ese grupo “sin grupo”; y el de los músicos que —según palabras de Lola Alvarez Bravo citando a Salvador Novo— como Carlos Chávez “empezaba a destaparnos los oídos ora sí que ‘a latigazos de modernidad estruendosa’”; el entusiasmo de los fotógrafos como Edward Weston, Tina Modotti y Manuel Alvarez Bravo; y el de esa “bohemia burguesa” —según Monsiváis— a la que habrían de incorporarse los extranjeros que acudían de todas partes a contemplar ese Renacimiento Mexicano.

Con la fotografía —que en Lola Alvarez Bravo se inició como un principio de contagio de Manuel Alvarez Bravo “casi sin sentirlo, sin darme cuenta, empecé a hacer las fotos”— la artista pu-

do fijar lo que le gustaba, lo que sentía como riqueza nutritiva de los ojos, lo que su formación plástica —como observadora y fotógrafa de la obra de pintores y muralistas— le hacía descubrir en luces, composición y volúmenes, y ver “que la vida y el ambiente estaban llenos de posibilidades y que uno como fotógrafo es el encargado de revelarlas y de transmitir ese impacto que se experimenta cuando se descubren”.

Con la fotografía —ese tercer ojo que se desarrolla en el fotógrafo—, pudo captar la riqueza de formas, de luz y textura de las cosas que generalmente se ignoran, en las que nadie repara; consiguió ablandar a la gente, desnudarla, quitarle sus máscaras para entregar de

suscribase a:

Lem